

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR,
EN ACTO INAUGURAL DE LA CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE
"HUMANISMOS Y DEMOCRACIA PARA EL SIGLO XXI"

SANTIAGO, 8 de Enero de 1994.

Señoras y señores:

Para el Presidente de la República de Chile es muy grato dar la bienvenida en nuestra Patria a los distinguidos participantes en este encuentro, venidos de distintos países amigos, que hoy se reúnen aquí para intercambiar opiniones sobre los criterios fundamentales que, en virtud de nuestros comunes principios humanistas y democráticos, debieran orientar la conducta de las personas, las naciones y la comunidad internacional, frente a las nuevas realidades a que el mundo se aboca en vísperas de iniciarse el Siglo XXI.

Vivimos tiempos de perplejidad. Los cambios históricos que se han precipitado o hecho patentes en los últimos tiempos: el derrumbe de las ideologías que hasta hace poco disputaban la conducción del mundo; los vertiginosos avances tecnológicos de las sociedades industriales, especialmente en el campo de las comunicaciones; las tendencias aparentemente irrefrenables hacia el consumismo y el pragmatismo que prevalecen en nuestros días - para limitarnos a citar los más significativos-, no sólo nos abocan a nuevas realidades, en gran medida imprevistas, sino que también plantean nuevos problemas e interrogantes.

El derrumbe de los totalitarismos -fascista y comunista- no ha traído necesariamente la democracia. El fin de la bipolaridad y la guerra fría no ha generado la paz. Los aparentes triunfadores -el post modernismo y el libre mercado- no aseguran el bienestar a los pueblos ni derrotan a la miseria y al hambre.

Frente a estas realidades, gran parte de los seres humanos -tal vez la mayoría- se sienten desorientados, se tornan escépticos y se hacen más egoístas. Ni las jerarquías espirituales, ni los grandes pensadores, ni los líderes políticos, dan respuestas satisfactorias capaces de orientar a la Humanidad.

A quienes creemos en la dignidad esencial de la persona humana -y por eso somos humanistas- y en la capacidad de los pueblos de gobernarse por sí mismos -y por eso somos demócratas-, estos hechos nos abocan al tremendo desafío de encontrar esas respuestas que los pueblos nos piden.

En esta reunión, en la que -convocados por la Internacional Demócrata Cristiana y con el patrocinio de la Comunidad Europea- participan personalidades representativas de diversas corrientes espirituales, orientaciones filosóficas y tendencias políticas, se intentará, precisamente, abocarse a ese desafío.

Para Chile es muy honroso que este encuentro -que sin duda deberá ser seguido de otros que profundicen los pasos que aquí iniciemos- se realice en nuestra Patria. Aunque somos un país pequeño del mundo en desarrollo, situado en los confines de la Tierra, desde nuestros orígenes como Nación independiente hemos sido singularmente receptivos al acontecer del mundo occidental. Hemos experimentado, en la escala correspondiente, análogos problemas y conflictos; hemos intentado soluciones semejantes y, sobre todo, entre nosotros han tenido especial vigencia sus grandes ideales y tendencias.

El conservadurismo primero y, en seguida, el liberalismo, inspiraron nuestra institucionalidad y nuestra vida política en el siglo pasado; luego -en este siglo- lo hizo el racionalismo laico y, después, el socialismo y el pensamiento demócratacristiano. Tuvimos uno de los partidos comunistas más fuertes de Occidente. Tuvimos un Frente Popular en el gobierno en los mismos tiempos que Francia y España. También tuvimos la amenaza nacional-socialista. Y en los últimos decenios hemos vivido las experiencias de la "Revolución en Libertad", del "Socialismo en Democracia", de la dictadura militar inspirada en las ideologías de la seguridad nacional y del libre mercado y, finalmente, de la transición democrática que he tenido el honor de encabezar, procesos todos que han suscitado singular interés en otras latitudes.

Si es cierto que la experiencia enseña, la vivida por nosotros me mueve a aportar a este encuentro algunas modestas reflexiones en torno al tema que nos preocupa.

La primera es que el Humanismo, cuyo principio fundamental -cualquiera que sea su inspiración espiritual o filosófica- es el respeto a la dignidad del ser humano, y la Democracia, única forma de organización social que pone como fundamento del orden político la dignidad del hombre libre, son por su esencia inseparables. Sólo en sociedades democráticas pueden germinar y fructificar los ideales humanistas, y el cultivo de estos ideales es el alimento insustituible de que se nutre la vida democrática. Consolidar y perfeccionar la democracia es preparar el terreno para que

florezcan los humanismos. Proclamar y practicar los valores humanistas es perfeccionar el contenido y razón de ser de la democracia.

A partir del reconocimiento de esta identidad debemos trabajar para dar sentido u orientación a nuestro mundo y construir un futuro mejor.

Se ha dicho que han muerto las utopías. Yo no comparto ese diagnóstico. Lo que ha entrado en crisis terminal son las ideologías totales que conciben la historia como un laboratorio y al ser humano como pieza funcional de un experimento diseñado desde el poder. Lo que ha entrado en crisis es el concepto cientificista de lo humano.

Si pensamos en lo que ha sido el desarrollo de las ideologías desde la Revolución Francesa, donde en cierto sentido se sitúa su origen, hasta nuestros días, es posible pensar que son precisamente las corrientes humanistas las que han subsistido a esta crisis de fin de siglo. Son ellas, entroncadas en una larga tradición, las que han triunfado y las que tienen la posibilidad de enfrentar los nuevos y viejos problemas del mundo de hoy. Aquí no hay espacio para la complacencia. Lo hay para la responsabilidad y para la consecuencia.

El humanismo de hoy tiene en cierto sentido tareas aún más complejas que las del pasado. Su lucha ya no es contra ideologías totales, como lo fueron el fascismo, el nazismo o el comunismo. Su lucha principal es contra el vacío de ideas, contra el desencanto del puro pragmatismo, contra la complacencia de la riqueza y la herida de la pobreza. Su profundo desafío es recoger y dar respuesta a la sed de sentido y dignidad que define a la naturaleza humana.

Una vida verdaderamente humana sólo puede cimentarse en la vigencia simultánea de la libertad y de la justicia, valores sin los cuales no es alcanzable el mínimo de seguridad que requiere la existencia civilizada de hombres y mujeres.

Hay quienes afirman que la libertad, o la autonomía personal, o el acceso al conocimiento y la cultura, son lujos que sólo pueden permitirse quienes tienen resuelto los problemas básicos de la subsistencia. "Primero vivir, después filosofar", dice el adagio.

Pero también se ha dicho: "No sólo de pan vive el hombre". Quien vive en condiciones de pobreza tiene la misma necesidad de encontrar un sentido a su existencia que el que vive en la abundancia. No se puede sacrificar el reconocimiento de los derechos básicos inherentes a la dignidad de las personas, so pretexto de que ellos deban subordinarse temporalmente al logro de fines que se suponen más urgentes, consistan estos en la "grandeza nacional", en la "construcción de una sociedad sin clases" o en la

"prosperidad económica".

Creo que la llave maestra del quehacer político consiste en la capacidad de conciliar la libertad y la justicia. En estos dos valores fundamentales se sintetizan las naturales aspiraciones humanas al orden, a la seguridad, a la igualdad y al respeto a la propia identidad.

Suele ocurrir que estos valores entran en contradicción entre ellos. Las exigencias de la libertad no son necesariamente del todo compatibles con las que impone la igualdad. La libertad absoluta dejaría a las ovejas a merced de los lobos, a los más débiles a merced de los poderosos. Es la perversión en que incurren los liberalismos extremos. De la misma manera, elevar al absoluto la igualdad o la seguridad, cercenaría la libertad de manera incompatible con la dignidad humana.

Los ensayos comunistas sacrificaron la libertad al afán de justicia implícito en la construcción de una sociedad igualitaria. El resultado fue la deshumanización totalitaria. El individualismo capitalista sacrifica la justicia a la libertad de los mercados, en el afán de lograr la prosperidad. El resultado es la deshumanización egoísta de las sociedades de consumo.

El humanismo implica el respeto al pluralismo propio de las sociedades modernas, donde conviven hombres y mujeres de diversas condiciones, creencias, ideas y aspiraciones. Esto exige practicar la virtud de la tolerancia.

El humanismo busca el bien y la verdad; pero como sabe que siendo el hombre criatura imperfecta, en la existencia conviven -como el trigo y la cizaña- la verdad con el error y el bien con el mal, busca el bien y la verdad y lucha por ellos con todas sus fuerzas, pero no desprecia a los que yerran y sabe perdonar a los pecadores.

El humanismo exige reconocer y proclamar la primacía de la razón sobre la fuerza. Esto obliga a renunciar a la tentación de la violencia y proscribirla como incompatible con la dignidad humana.

El humanismo cree en la razón y por eso busca llegar a la verdad mediante el raciocinio que procura convencer. Pero como nadie es dueño absoluto y exclusivo de la verdad, recurre al diálogo y a la búsqueda de acuerdos o consensos como la mejor forma de convivencia.

El humanismo conoce la distancia entre los ideales y la realidad, como también las limitaciones de la condición humana para alcanzar lo que desea. Por ello aconseja la modestia y practica la prudencia.

La experiencia enseña que en la realidad de la vida suele hacerse prácticamente imposible realizar el bien que se quiere o conciliar satisfactoriamente los valores en juego. La práctica política está plagada de dilemas, muchas veces angustiosos y casi siempre exige establecer prioridades. No todo es posible al mismo tiempo. A menudo hay que escoger y hacerlo implica sacrificar. Un sentido humanista de la responsabilidad obliga en esos casos a proceder con criterio equitativo y, si no se encuentra ninguna solución plenamente satisfactoria, aplicar el principio ético del mal menor.

El humanismo reconoce que el destino de las personas no depende sólo de sí mismas, sino también, en gran medida, de la sociedad de que forman parte y de las demás personas que la integran y con las cuales convive: de ahí que practique y preconice la solidaridad.

El humanismo reconoce que el mayor anhelo natural del hombre es la paz. Pero sabe, al mismo tiempo, que ésta sólo puede construirse sólidamente sobre las bases de la verdad y de la justicia. De ahí que sea respetuoso de la verdad y se afane por alcanzar la justicia.

Si miramos a nuestro mundo y no nos quedamos en la superficie caleidoscópica del diario acontecer que publicitan los noticiarios, sino que intentamos penetrar en la vida cotidiana, los anhelos y fracasos, los sentimientos y aspiraciones de la multitud de hombres y mujeres que viven, se aman y se odian, sufren y gozan, se esfuerzan o se dejan llevar por la corriente, son capaces de anónimos heroísmos y de pecados miserables, comprendemos que la humanidad está necesitada y ansiosa de grandes y sólidas orientaciones que, a partir del conocimiento y comprensión de la realidad, señalen caminos de superación y de esperanza.

Quienes nos proclamamos humanistas y demócratas, tenemos el deber de responder a este anhelo. Confío en que el esfuerzo de reflexión que ahora iniciamos en esta lejana Nación del mundo, sin otros títulos que nuestra buena voluntad y el valor de nuestras convicciones, nos ayude a cumplir esta tarea. Deseo el mayor éxito a esta Conferencia.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 8 de Enero de 1994.

MLS/EMS.